

¿Qué revista militar necesitamos?

León Trotsky

23 de noviembre de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 156-162; también para las notas. Discurso en la reunión de redactores y colaboradores de las ediciones militares. Publicado en *Voeno Dielo*, número 5-6, 23 de noviembre de 1919.)

Mi propuesta de fusionar las revistas *Krasni Ofitsier* y *Voeno Dielo* en una sola publicación ha tropezado con la protesta enérgica de los escritores militares colaboradores de *Voeno Dielo*¹. Aquí, en esta reunión, hemos oído diversas objeciones, que se reducen a lo siguiente: no se puede suprimir una revista militar científica en nombre de una edición “popular”. Pero yo no he propuesto nada semejante. Por la ciencia militar (en la medida que merece este nombre, es decir, en la medida en que generaliza la experiencia militar acumulada) yo tengo suficiente respeto. Hace falta, sin embargo, que sea realmente ciencia militar, y que la revista pretendiente a la calificación de científica militar cumpla realmente su misión, lo cual quiere decir comprobar las viejas conclusiones de la ciencia militar a la luz de la experiencia actual, de la situación histórica y del medio social en que nos encontramos. En *Voeno Dielo* no hay eso, o casi no lo hay. Los señores escritores intentan emplear un lenguaje fuera del tiempo y exponer algunas verdades también atemporales. Ciertamente que el director de *Voeno Dielo*, con la lista de artículos en la mano, pretende que la redacción ha “tocado” todas las cuestiones: ha escrito sobre las fortalezas, sobre la artillería, sobre la preparación de la compañía, sobre la doctrina militar alemana y sobre otras muchas cosas. Esta enumeración es muy impresionante pero sólo testimonia que *Voeno Dielo* ha escrito sobre temas militares. No demuestra nada más. ¿Cómo ha escrito? La ciencia militar no es la geometría. Y es poco probable que unas cuantas verdades “geométricas” (como las exponía el viejo Leer) puedan ser completadas con las nuevas verdades “fuera del tiempo” de las páginas de *Voeno Dielo*. Lo que ahora necesitamos es la participación inmediata y directa de la revista en la formación material e ideológica del Ejército Rojo, en el ejército que estamos creando. Y la redacción permanece, si no a espaldas, por lo menos al margen de esta tarea.

El ejército de la gran revolución francesa fue creado por vía de “amalgama”. Esta palabra tuvo entonces gran circulación en los medios político militares. Los antiguos regimientos de línea con sus antiguos oficiales fueron unificados en brigadas con las nuevas unidades revolucionarias. La amalgama significaba, en la práctica, la combinación de la vieja experiencia acumulada con el nuevo espíritu heroico y revolucionario de las masas populares, que tenía su expresión en el ejército revolucionario. También entre nosotros tiene lugar cierta amalgama. Es verdad que no hemos conservado los antiguos regimientos y hemos partido de cero. Pero no hemos renunciado a la vieja experiencia y a los antiguos especialistas. Al contrario: los atraemos. Muchos trabajan con éxito. Y en el frente, con gran éxito, se produce una verdadera amalgama, o sea, una cierta fusión química. Nuestra literatura militar debe reflejar ideológicamente este proceso. *Voeno Dielo* no lo hace y ahí está su principal pecado.

¹ *Krasni Ofitsier* [Oficial Rojo]: revista pedagógica militar, que comenzó a salir en octubre de 1918, editada y redactada por los colaboradores de la dirección principal de escuelas militares.

Voeno Dielo [Cuestiones Militares]: revista militar científica, dirigida por un grupo de especialistas militares que trabajaban en la Comisión de Investigación y Aprovechamiento de la Experiencia Militar de la Guerra Mundial de 1914-1918. La revista fue suspendida en 1920 por orden del camarada Trotsky.

A fin de ligar más estrechamente las publicaciones con el Ejército Rojo se ha propuesto aquí confiar ciertas secciones de las publicaciones a los jefes de los principales departamentos. Yo me opongo decididamente. Una vinculación semejante será puramente mecánica y estoy completamente de acuerdo con el camarada Svechin cuando dice que esta medida conduciría a la completa burocratización de las publicaciones. Obligar a los jefes de los departamentos a teorizar sobre su propia práctica, que ni siquiera dominan bien aún, es totalmente imposible. Ellos mismos, nuestros departamentos centrales, tienen mucha necesidad de ser criticados, estimulados, y aconsejados ideológicamente. Y si se les confía una revista no harán otra cosa que proyectar sobre las páginas de la misma su propia silueta. Otra cosa es atraerlos a participar en la revista, lo cual, naturalmente, es una obligación de la redacción. Yo mismo, en tanto que lector, caí con satisfacción sobre el artículo del antiguo intendente Grudinsky dedicado a los problemas del abastecimiento.

Este especialista interviene contra los improvisadores, que no queriendo aprender pretenden resolver todo a golpes de intuición. Hay motivos sobrados para la crítica y la indignación de este especialista, pero su artículo no responde, en manera alguna, a lo que podríamos esperar. Yo he encontrado en él una colección de citas y algunas bromas inteligentes, demostrativas de que incluso en condiciones difíciles un intendente puede tener humor, lo cual es reconfortante. Pero no he encontrado ni rastro de crítica concreta, guiada por una amplia comprensión. Y, sin embargo, estamos ante un tema de responsabilidad y de perspectivas: el intendente que choca conflictivamente con el Comisariado del Pueblo para el Abastecimiento y con el Consejo Superior de la Economía Nacional. Se trata de nuevas relaciones complejas, que reflejan el proceso multifacético de la edificación socialista, con sus errores, sus desviaciones, sus rutinas heredadas, su inexperiencia, y su búsqueda de nuevas vías. En lo que concierne a cómo el Comisariado del Pueblo para el Abastecimiento y el Consejo Superior de la Economía abordan el abastecimiento del ejército, ¿quién más calificado para hacer una crítica fundada y concreta que un intendente con experiencia? El ejército es un organismo sumamente exigente, imperativo, cuyas necesidades no admiten espera. De ahí que todos los defectos de la economía, en cualquiera de sus aspectos, se reflejen con más evidencia que en parte alguna en el abastecimiento del ejército. Sin embargo, nuestros especialistas intendentes se comportan con el Comisariado del Pueblo para el Abastecimiento y con el Consejo Superior de la Economía Nacional como con un mal fatal que hay que soportar, quírase o no. En lugar de una crítica, por dura y enérgica que sea, nos encontramos con el murmullo, el silencio o los chistes. Esto es lo que pierde a *Voeno Dielo*.

La vinculación con el Ejército Rojo no debe ser mecánica, ni a través de secciones de la revista puestas a disposición de los jefes de los departamentos. La vinculación debe ser interna, ideológica, orgánica.

Tomemos, por ejemplo, el problema de la composición social de nuestro ejército. Nosotros lo edificamos sobre un fundamento de clase. ¿Alguna vez ha sido objeto de investigación esta cuestión, desde el punto de vista militar? Ni una sola². ¿Acaso es que esta cuestión no interesa desde un punto de vista militar? Ved, sin embargo: en Ucrania, Skoropadski ha hecho otro intento de construir un ejército sobre principios de clase. Movilizó a los cerealistas que tengan (según parece) no menos de 25 deciatinas de tierra. Tenemos, finalmente, el intento de los partidarios de la asamblea constituyente de crear

² El economista burgués alemán Luis Brentano, basándose en la experiencia de la guerra de 1870-1871, hizo un análisis comparativo de las cualidades militares de los obreros y campesinos alemanes, llegando a la conclusión de que los proletarios eran superiores. ¿Han abordado nuestros especialistas militares esa importante cuestión en la revista? Ni una sola vez. Y, sin embargo, en nuestra época la vida del ejército gira en torno a esa cuestión. La experiencia acumulada es enorme, pero ¿se tiene en cuenta? En absoluto. [L.T.]

un ejército “popular” sobre bases no clasistas. Este último intento ha fracasado lastimosamente. Habrá que convenir que vivimos en una época en la que el principio de clase en la construcción del ejército se impone por sí mismo. ¿Qué conclusiones extraer para la labor militar, para la formación, la educación, la táctica? ¿Qué consecuencias operacionales prácticas puede tener? Vuestra revista no se ha detenido ni una sola vez en este tema. ¿Acaso no es extraño?

Prosigamos. Un ejército sin mandos no es ejército. El personal de mando nosotros lo reclutamos a partir de dos fuentes: de las reservas constituidas de antiguos oficiales y de los obreros y campesinos que han seguido cursos de instrucción. La valoración de este personal de mando, los intentos dirigidos a facilitar nuestra labor de reclutamiento, o de educación y reeducación, ¿dónde están? Es inútil buscarlos en las páginas de *Voeno Dielo*.

¿Los problemas de técnica, de táctica y de estrategia de la guerra actual? Apenas los habéis tocado. Naturalmente, vosotros escribís sobre las fortalezas y sobre muchas otras cosas. Pero todo el asunto consiste en cómo escribir. Nadie exige una forma artificialmente popular. No se trata de eso. La manera de escribir debe ser adecuada al tema. Debe evitarse, claro está, el lenguaje de casta, pedantesco, burocrático, pero en definitiva la cuestión de la popularidad es función de la dimensión del asunto, de la complejidad de los conceptos y de sus arreglos. Pero, repito, no se trata de eso. Se puede escribir sobre las fortalezas, los tanques, la flota inglesa o los nuevos reglamentos de las divisiones australianas, *partiendo de las necesidades internas y de las tareas del Ejército Rojo*, con la aspiración de ensanchar sus horizontes y enriquecer su experiencia. Y se puede escribir también como *observadores exteriores*, que arrellanados en su sillón miran alrededor y anotan algo de vez en cuando. La desgracia, precisamente, es que muchos artículos de *Voeno Dielo* tienen el aire de estar escritos por gentes que esperan algo, y mientras esperan salen del paso con artículos formales.

Se puede, naturalmente, considerar toda la época revolucionaria como un error, o comportarse como el peatón que ante la tormenta espera a que pase protegiéndose con el paraguas. Se puede esperar una hora o dos bajo el paraguas si se cuenta con que el tiempo va a cambiar y entonces será posible cerrar el paraguas y proseguir el camino. ¡Pero en ese estado de espíritu no se puede publicar una revista! Una revista tiene que estar al día, no puede prescindir del tiempo. Es posible que un oficinista, o un inspector de infantería, e incluso un jefe de división (un mal jefe de división, naturalmente) puedan, sin saber bien por qué, esperar algo o a alguien. Pero con ese estado de ánimo, repito, no puede publicarse una revista. Porque un escritor no es, esencialmente, más que las ideas que expresa. Llama, enseña, generaliza, acusa, pero ¿qué valor conceder a su mensaje si él mismo se protege bajo el paraguas? En esta psicología consiste la mayor desgracia de *Voeno Dielo*.

Vosotros, no faltaba más, escribís sobre fortalezas y sobre muchas otras cosas. Pero yo recuerdo artículos de revistas militares francesas sobre las fortalezas, durante esta guerra, mientras se derrumbaban las fortalezas rusas. Entonces tuvo lugar una revisión febril, en la prensa militar, de la significación de las fortalezas. ¿Se sostendrían las fortificaciones de viejo tipo o serían sustituidas por las posiciones fortificadas de tipo trinchera? Pero aquellos artículos franceses estaban concebidos en función de la suerte de Verdun, de Belfort, de las fortalezas francesas, en general, de su defensa; en una palabra, estaban escritos desde dentro del ejército francés y para el ejército francés. Mientras que vuestros artículos sobre este tema están escritos como composiciones de seminario, “en general”, sin relación con nada concreto. Es una especie de geometría militar, de mala geometría, que a veces parece pura charlatanería.

V. Borisov, uno de los colaboradores de la revista, nos ha dicho categóricamente que hagamos lo que hagamos no podremos pasarnos sin un jefe del estado mayor general. Y bastará que ese jefe llegue para que reaparezca *Voeno Dielo*, si es que entre tanto ha sido cerrada. ¿Pero qué es un jefe del estado mayor general? Al parecer, un individuo que debe tener en cuenta todo, controlarlo y distribuirlo, señalar el lugar de cada cosa. El autor de ese pronóstico ha sido sostenido por el director de la revista Liébedev. ¡Por favor!, con semejante filosofía de la historia hay como para desesperar. ¿Dónde encontrar ese providencial jefe del estado mayor general, si no tenéis ni idea de lo que es ese estado mayor ni de las líneas esenciales de formación del ejército y de cómo aplicarlas? De hecho, estáis de espaldas a todas las cuestiones que tocan a la vida de nuestro ejército, del ejército que ahora existe y se desarrolla. Las loas a la gloria del futuro jefe del estado mayor general sólo indican impotencia ideológica, corresponden al bonapartismo pasivo de gentes extremadamente desconcertadas. Repito: puede que haya quienes sienten placer en esperar sentados a la sombra de un abeto la aparición del jefe del estado mayor general. Pero quien está sentado a la sombra de un abeto no puede dirigir una revista militar.

Los mismos nos han reprochado también no tener en el estado mayor más que oficinistas, capaces todo lo más de atender al teléfono y de redactar órdenes sobre las tropas de reserva. Pero yo puedo decir que esos oficinistas al teléfono son incomparablemente más útiles para la labor militar, e incluso (si queréis) para la ciencia militar, que los pedantes impotentes, vueltos de espaldas a la historia, que esperan la llegada del mesías del estado mayor. Vuestro pedantesco desprecio por el trabajo militar que la historia está haciendo ante vuestros ojos encontró su más brillante expresión en una de las pequeñas observaciones que hicisteis a mi artículo sobre los especialistas militares, la cual, por desgracia, no fue publicada. Os ruego encarecidamente publicar todas esas observaciones. Allí se dice que en la guerra civil o pequeña guerra que estamos haciendo uno puede, naturalmente, “permitirse todo”, pero que eso no tiene nada que ver con la ciencia militar. Y yo les digo a ustedes, señores especialistas militares, que esa afirmación es prueba de ignorancia, no sólo política sino, sobre todo, militar. Es falso que la ciencia militar no tiene nada que hacer en la guerra civil y no puede enriquecerse con ella. Justamente es todo lo contrario. La movilidad y la elasticidad de los frentes de la guerra civil proporcionan amplio margen a la verdadera iniciativa y a la verdadera creación militar, persiguiendo siempre el mismo objetivo: conseguir los máximos resultados con el mínimo gasto de fuerzas. Frecuentemente se han hecho analogías entre el arte militar y el ajedrez. Permitidme hacer una incursión en el terreno ajedrecístico. Quien conozca las partidas del gran estratega del ajedrez, Murphy, sabe que se distinguían siempre por su perfección; independientemente de que librarse una guerra “grande” o “pequeña” (de que tuviera un contrincante de su talla o un profano) Murphy siempre ponía a prueba las mismas cualidades, y obtenía sus resultados con un mínimo de jugadas. Esta es la exigencia fundamental de la ciencia militar, plenamente obligatoria también para la estrategia de la guerra civil. La última gran guerra, como se puso pronto de relieve en el frente occidental (el frente francés) dejaba un margen relativamente pequeño a la iniciativa creadora. Una vez que se fijó un frente gigantesco desde las costas belgas hasta Suiza, la guerra se automatizó inmediatamente, el arte de la estrategia se redujo al mínimo y todo se jugó a la carta del agotamiento recíproco. En cambio, nuestra guerra es completamente móvil, de maniobra; y precisamente estos rasgos de la guerra “pequeña” son los que permiten el despliegue de los talentos militares. Quien menosprecie esta guerra manifiesta su ignorancia total, su pedantería, y no es capaz, por tanto, de enseñar a otros ni de aprender él mismo.

Voeno Dielo no es, naturalmente, una publicación popular de masas, concebida para los soldados rojos. Estos, tomados en conjunto, representan al ciudadano soviético

armado de un fusil para luchar por sus intereses. Sus necesidades ideológicas son satisfechas en la prensa general. Los comandantes son especialistas en mayor o menor grado y les interesa un círculo de cuestiones militares específicas para tratar las cuales hace falta una publicación especial. La demandan urgentemente. Y para satisfacer esta demanda hace falta ver y sentir al lector, saber claramente para quién se escribe, mientras que muchos artículos de *Voeno Dielo* se parecen a la correspondencia entre buenos amigos.

Aquí ha habido quejas contra la censura que impide escribir, impide criticar. Reconozco de buen grado que la censura ha tenido un montón de fallos, y considero muy necesario asignar a esa honorable criatura un lugar más modesto. La censura debe proteger el secreto militar (que, dicho sea de paso, muy pocos lo respetan en nuestras propias instituciones militares) y fuera de eso no tiene nada que hacer. Espero que aunando nuestros esfuerzos podremos reducir a ese enemigo del pensamiento militar crítico. Pero no tendría fundamento hacer culpable a la censura de la caquexia de *Voeno Dielo*.

Se dice también: para poder ahondar en los problemas de hoy dadnos acceso a los archivos de la guerra civil. La cosa es perfectamente realizable, pero los “problemas de hoy” no hace falta buscarlos en los archivos, están ahí, a la vista, y sólo puede no verlos el que cierre los ojos.

Se ha declarado aquí, por otro lado, que habría que renunciar, en general, a la experiencia en curso de editar una revista científica militar con la colaboración de los antiguos escritores militares.

Yo no voy tan lejos. Por ahora esta experiencia no es concluyente, aunque se observan algunas mejoras, no cabe duda. Estimo que lo único acertado por el momento es poner al descubierto todos los defectos de *Voeno Dielo*: hay que obligar a la redacción a decir con toda claridad qué se propone, cómo concibe la edificación del ejército, por qué silencia cuestiones fundamentales. Hay que pasar de los refunfuños por lo bajo a la crítica clara y abierta. Hay que obligar a los señores pontífices de la pseudociencia militar, a los sacerdotes de la idea del jefe del estado mayor general, a medirse ideológicamente, en lucha abierta, con los verdaderos constructores del actual ejército.

En nuestros organismos militares, sobre todo en los frentes, trabajan ahora no pocos especialistas militares instruidos que consiguen liberarse del altivo pedantismo académico y a través de su participación en el trabajo práctico de creación del ejército llegan a estar mucho más cerca de la verdadera ciencia militar. La polémica abierta sacará al pensamiento militar de su inmovilismo y aportará un aire fresco, estimulando la aparición de autores militares que querrán y sabrán hablar sobre el Ejército Rojo y para el Ejército Rojo sin ceder ni un ápice en el rigor científico.

¡Abajo la rutina satisfecha de sí misma! Su puesto debe ser ocupado por el pensamiento científico militar crítico.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es